

# LOS VAMPIROS NO CREEN EN FLANAGAN

## Capítulo 1: Historias de terror

Todo empezó cuando se me ocurrió largar aquella conferencia sobre serial killers, asesinos en serie.

Estábamos en el chalé que los padres de Nines tenían en Sant Pau del Port, ante la chimenea encendida, hipnotizados por las llamas, todas las luces de la casa apagadas.

Fuera, una niebla densa serpenteaba y se desperezaba por las calles vacías, que continuarían estándolo hasta el regreso del buen tiempo. Ventanas cerradas, piscinas en las que flotaban, inmóviles, las hojas muertas de los árboles; el tac-tac insistente de un postigo que los propietarios de algún chalé vecino se habían olvidado de asegurar hacía meses, antes de huir hacia la ciudad.

Habíamos cenado pizzas y habíamos estado jugando al Scrabble hasta que Nines nos ganó avasalladoramente colocando las siete letras de la palabra tedioso pasando por un triple. Entonces, abrimos otra botella de vino y nos quedamos contemplando el fuego y divagando. Las dos chicas, Lourdes y Nines, fumaban.

Cristian dijo:

—Menudo ambientazo, ¿no os parece? De peli de terror. Como *Scream* o *The Blair Witch Project*, o alguna cosa así.

—Qué miedo —dijo Nines.

A lo lejos sonó la sirena de un barco y, después, el aullido de un perro.

—Arriba está abierto —recordó, aprensiva, Lourdes.

La primera planta del chalé, donde estaban los dormitorios, se hallaba en obras. Los albañiles habían arrancado los marcos de las ventanas y no tuvieron tiempo de poner los nuevos antes del sábado. Por eso estábamos allí, para que la casa no quedara abierta y vacía, al alcance de cualquier ladrón, durante aquel gélido fin de semana de principios de diciembre.

—Un serial killer está escalando la fachada —dijo Cristian, con voz de Freddy Krüger.

A Lourdes se le cayó el cigarrillo de la mano. Pequeña y bonita, pelirroja, habría estado perfecta en una peli interpretando a la primera víctima del asesino en serie, la que el psicópata se carga para poner al público en situación.

—Ya vale, Cristian —dijo Román, un poco nervioso, agarrando la mano de la chica para tranquilizarla—. Aquí no hay serial killers.

—Es verdad —dijo muy seguro Fernando—. Los llamados asesinos en serie son un fenómeno sociológico exclusivo de los Estados Unidos.

Y, claro, me lo ponían tan fácil que no pude resistir la tentación de lucir mi erudición.

—Pues no. No los inventaron los americanos. Y aquí hemos tenido, ya lo creo que sí.

Fernando me miró, dubitativo, escudado en las gafas de montura metálica que le daban un cierto aire de pijo intelectual y le hacían sentir más cómodo cuando utilizaba expresiones como «fenómeno sociológico».

—¿Seguro?

—Si Flanagan lo dice, así será —saltó Nines, que siempre intenta hacerme quedar bien—. Es un experto en el tema.

—Los yanquis han tenido muchos, y muy famosos

—dije, para demostrarlo—. El Estrangulador de Boston, El Hijo de Sam, Los Estranguladores de las Colinas, en California... El Asesino del Zodíaco, que nunca pudo ser identificado. Y el superfamoso Ted Bundy, que empezó en Seattle, al noroeste de los Estados Unidos, y mató a veinte chicas, en un viaje terrorífico, cruzando el país hasta Florida, en el sudeste... Y Henry Lee Lucas, que llegó a confesar más de dos mil asesinatos...

—¡Dos mil asesinatos! Sí, hombre, ¿y por qué no dos millones? —protestó Cristian, más que nada (me pareció) por llevarme la contraria.

—Bueno, después se retractó... Es una historia muy complicada. Lo cierto es que en Estados Unidos tienen una auténtica plaga de asesinos en serie. Pero no los han inventado ellos.

—Entonces, ¿quién los inventó? —quería saber Lourdes, agarradita de la mano de Román, buscando su protección.

—No lo sé —adopté una actitud entre modesta y condescendiente que había aprendido de ellos y que me resultaba insoportablemente pedante. Les concedí el favor de compartir mi sabiduría con ellos—: Dicen que el primer serial killer de verdad fue el famoso Jack el Destripador, en Londres, en 1888...

—Nunca le pillaron, ¿verdad?

La penumbra se fue haciendo más y más densa a medida que yo exponía una pequeña historia de los peores asesinatos conocidos. En casa, en el sótano del bar de mis padres, tengo un archivo rebosante de este tipo de información. De modo que pude extenderme a gusto hablando del famoso Henri Landrú, que entre 1915 y 1919 mató a diez mujeres y a un niño; o del terrible doctor Marcel Petiot, que durante la Segunda

Guerra Mundial se ofrecía para ayudar a huir a familias judías perseguidas por los nazis, las mataba en la casa que tenía en París, 21 rue Lesueur, y se apropiaba de todas sus pertenencias.

—Serial killers famosos los ha habido en todas partes. En Alemania, Peter Kürten, El Vampiro de Düsseldorf, mató a nueve personas en el año 1929. En la Unión Soviética, entre el 82 y el 90, Andrei Chikatilo mató a cincuenta y tres. ¿No habéis visto la peli Ciudadano X? Es fantástica. Y, entre los años 70 y 80, Pedro López, El Monstruo de los Andes, asesinó a más de trescientas mujeres...

—¿¿Trescientas??

—Sí señor, sí. Trescientas, entre Perú, Ecuador y Colombia.

Los amigos de Nines me miraban con cierta reverencia y un poco de aprensión. Debían de pensar: ¿qué clase de persona estudia y retiene tantos datos de hechos como estos? No me quitaban la vista de encima, como si temieran que de repente me convirtiera en uno de aquellos monstruos y me abalanzara sobre ellos. Pero querían que continuara hablando. Querían agotar el tema.

—Bueno —dijo Fernando—. Puede que no solo sea cosa de los americanos, pero aquí no hemos tenido ninguno.

—¿Que no? —repliqué—. Hubo uno al que llamaban El Arropiero. Manuel Delgado Villegas. Actuó entre los años 1964 y 1971 y se atribuyó cuarenta y ocho asesinatos cometidos por toda España y por el extranjero. Y José Antonio Rodríguez Vega, que mataba ancianas, en Santander, al menos trece viejecitas...

Con los ojos brillantes y un poco desorbitados clavados en mí, Lourdes preguntó, muy bajito:

—¿Y... aquí? Quiero decir... ¿Más cerca?

—También. ¿No habéis oído hablar del Pastor Asustado?

Román y las dos chicas negaron con la cabeza. A Fernando el nombre le sonaba de algo. Solo Cristian asintió convencido y, como descubrí en seguida, si conocía la historia era porque había estado de vacaciones en la comarca donde había sucedido. Y es que todo pasó en un período de tiempo relativamente corto, coincidiendo con una serie de escándalos políticos que los periodistas consideraban más importantes y más dignos de las primeras páginas a cinco columnas.

—Ah, sí. ¡El vampiro de Termals! —dijo Cristian, tan entusiasmado que deduje que llevaba rato con ganas de quitarme protagonismo. Y compuso una tragicómica mueca de maníaco—. ¡Uuuu, tíos, sí, es verdad, un vampiro!

—No era exactamente un vampiro... —apunté yo.

—¡Pues claro que era un vampiro! —protestó Cristian, poniéndose serio—. ¡Chupaba la sangre de sus víctimas!

—¿En serio? —gimió Lourdes.

Nines se me colgó del brazo discretamente.

—¡Cristian, coño, ¿no ves que asustas a las chicas?! —se quejó Román, para no tener que reconocer que él tampoco las tenía todas consigo.

—De eso se trata, ¿no? ¡Estamos contando historias de terror!

Los demás me miraban pidiendo que desmintiera lo que acababa de decir Cristian.

—Era un auténtico asesino en serie... —reemprendí la exposición.

—No, no. —Cristian estaba dispuesto a ponerse pesado—. Era un vampiro. Mira que yo he esquiado en Termals, Flanagan, y conozco la historia. El tío era descendiente de otro vampiro de hace muchos siglos, el conde Oller...

—Que no, que no era descendiente del conde Oller. —La diferencia entre Cristian y yo radicaba en que él se había informado oyendo las exageraciones de la gente, mientras que yo tenía perfectamente documentado lo que decía—. No era un vampiro. No dormía en un ataúd, no era un muerto viviente...

—Pero chupaba la sangre de sus víctimas, ¿sí o no?

—Pero no era un vampiro.

—Chupaba la sangre de sus víctimas, ¿sí o no?

—Sí.

—Pues era un vampiro. Ahora continúa —dijo Cristian para dejar bien sentado que me cedía el escenario y los aplausos del público. Y se fue al mueble bar a buscarse algún combustible más fuerte que el vino.

Y yo me vi contando la historia de Blas, el Pastor Asustado.

—Le llamaban el Pastor Asustado porque la primera vez que salió en la prensa fue con un titular (ridículo e inexacto) que decía: «Un pastor asustado mata a cuatro personas». —Resultaba agradable sentirse centro imprescindible de la reunión, de modo que proseguí—: Eso pasó hace dos años, en un pequeño pueblo de montaña de los Pirineos, al lado de las pistas de esquí de Termals...

Los amigos de Nines eran esquiadores consumados y conocían las pistas de Termals, aunque, como hicieron constar en seguida, preferían ir a Baqueira o a los Alpes. El único que había estado era Cristian.

—Cerca hay una aldea que se llama Floc —continué.

—No: el pueblo más cercano es Abellers, ¿no? —me interrumpió Fernando.

—No, no —insistí yo, aunque todo lo que sabía de la zona era por los mapas publicados en la revista Reportaje—. Abellers está por el lado de la solana, y allí hay varios hoteles y está muy bien comunicado con las pistas.

—Yo, cuando he ido, me he quedado en Abellers —dijo Cristian, agarrado a un vaso de whisky de malta.

—Sí, pero al otro lado de la montaña, al final de una carretera con muchas curvas, hay una aldea olvidada de la mano de Dios, que es Floc...

Mientras en la chimenea las llamas se convertían en brasas (nadie parecía muy interesado en salir al cobertizo del jardín a por más leña) les conté la historia de Floc. Sabía de antemano que contándola con detalle me ganaría el favor de la audiencia. Era de esas historias que, aun siendo un poco patéticas, resultan graciosas. Cuando sucedieron los asesinatos y los periodistas hablaban de Floc, no podían evitar que se les escapara un tonillo de pitorreo.

Floc era una aldea que se iba despoblando a medida que los jóvenes emigraban a las ciudades y que se precipitaba hacia la desaparición. Hasta que, hacía unos años, sus habitantes se encontraron con que les construían unas pistas de esquí al lado y se las prometieron felices. Ya se veían con la prosperidad de otros pueblos convertidos en centros turísticos gracias a una estación invernal. Pero estaban muy mal comunicados, con aquella carretera tan peligrosa, y aunque físicamente era el municipio más cercano a las pistas, resultó que los esquiadores se quedaban todos en Abellers. Abellers era el otro lado de la moneda. Prosperaba y prosperaba mientras Floc se difuminaba, cada vez más cerca de reintegrarse al paisaje original de las montañas. Años más tarde, en la época en que se produjeron los asesinatos del «vampiro», y mientras los de Floc mantenían la temperatura corporal con la energía que producían sus temblores incontrolables, a los de Abellers les tocó el gordo de Navidad y salieron con una cogorza de campeonato por la tele, agitando botellas de champán y cantando villancicos a alaridos.

Bueno, el caso es que al ver que la estación de esquí no les solucionaba nada, los de Floc se comían las uñas. No sabían cómo llamar la atención de la posible clientela. Decidieron promocionarse con una especialidad gastronómica local, intentando repetir el éxito de Segovia, con el lechón de Cándido, o de Valls, con las calçotades. Pero la especialidad autóctona, debidamente resucitada para la ocasión, resultó tan indigesta que la maniobra fracasó. La farmacia del pueblo vivió un corto período de esplendor, con un gran volumen de ventas de digestivos y antiácidos, y unos cuantos turistas tuvieron que ser evacuados en ambulancia.

—¡Los de Floc no entendieron nunca que los turistas no pudieran digerir aquel potaje de panceta, judías pochadas, morcilla, setas y chicharrones!

Carcajadas de los espectadores agradecidos. Ya los tenía en el bolsillo.

—Y entonces, alguien tuvo la idea genial. Alguien recordó una leyenda recogida en algún libro de costumbres y tradiciones. Cerca de Floc se hallan las ruinas de un castillo, donde dicen que en la Edad Media vivía el conde Oller, que fue asesinado, o que era muy sanguinario, o algo por el estilo. De manera que urdieron la historia del vampiro.

—¡Sí, señor! —intervino Cristian, en plan notario—. ¡El conde Oller! Editaron unos folletos de propaganda titulados La leyenda del vampiro y cosas por el estilo, que repartían por los bares y las discotecas de Abellers.

—Y de Barcelona —certificó Lourdes.

—Creo que se le ocurrió al alcalde, que tenía intereses económicos en todo aquello —añadió.

—Pero les salió mal, ¿no? Porque no he vuelto a oír hablar del tema.

—Les salió mal porque ocurrió lo que ocurrió. A veces, inventarse según qué es peligroso. Porque hubo alguien que se creyó la historia del vampiro. Todo esto salió publicado en la revista Reportaje y lo tengo recortado, incluso con fotos...

—¿Tú te compras la revista Reportaje?

Risas y codazos. Ya sabéis que en la revista Reportaje, además de artículos interesantísimos, salen algunas fotografías de señoras y señoritas con tendencias exhibicionistas. Bueno, ya sé que no os lo creeréis y no negaré que de vez en cuando echo un vistazo a esas anatomías, porque hay algunas que alegran la vista, pero yo me compro la revista por los artículos.

—Sí, sí, compro la revista Reportaje. ¿De qué queréis que hablemos? ¿De las chicas de las páginas centrales o del vampiro de Floc?

Solo Cristian dijo: «De las páginas centrales», en plan de guasa. El tema del vampiro ganó por mayoría, de modo que continué:

—Hace dos años, el día de Todos los Santos, se vieron luces en las ruinas del castillo, como si alguien hubiera alumbrado un fuego, como si alguien viviera allí. Con la leyenda del vampiro de boca en boca por la comarca, podréis entender que a más de uno le entrara el canguelo. No obstante, la mayoría dio por sentado que se trataba de efectos especiales organizados por el alcalde, que era quien había puesto en marcha la idea. Él aseguraba que aquello no era cosa suya y decía que debía de tratarse de algunos excursionistas o de algún vagabundo que pasaba la noche allí. El caso es que uno del pueblo dijo que él se atrevía a subir a las ruinas, a ver qué pasaba. Subió y...

—¡Le asesinaron! —avanzó Cristian, incontinentemente.

— ... Al día siguiente no bajaba. No bajaba y no bajaba...

—¡Le habían asesinado! —insistió Cristian.

—¡Ay, calla ya, Cristian! —se quejó Nines.

—Le habían asesinado —confirmé.

—¿De verdad? —gimió Lourdes, como si, de tan metida en la historia, ya le hubiera cogido afecto a la primera víctima.

—Y no de cualquier manera. Le apuñalaron y después, tal vez cuando aún estaba vivo, le cortaron las venas, así, como lo hacen los suicidas, y por aquellas heridas le chuparon la sangre. Tenía señales de dientes en las muñecas.

Exclamaciones ahogadas de los presentes.

—¿Lo veis? Lo que yo decía: ¡Un vampiro! —dijo Cristian. Y mirando a Nines, que se comía las uñas—: Uy, qué asustada te veo. Si necesitas a alguien a quien agarrarte, y ya que Flanagan está ocupado contando la historia...

—Venga ya, piérdete —le dijo Nines, sin enfadarse.

Fernando intervino, como temiendo que la cosa pudiera ir a mayores.

—Ya está bien, Cristian... Deja a Nines y a Flanagan en paz.

—Vale, vale. ¿Te relevo a ti, Román? Igual te entran calambres de tanto apretar a Lourdes.

A Lourdes se le escapó una risita nerviosa.

—¡Vete al cuerno! —le dijo Román al mismo tiempo, un poco picado.

Cristian se echó a reír como si le hubieran contado el mejor chiste del mundo. Tal vez le hacía gracia la perspectiva de irse al cuerno, no sé. Cristian era así; tenía permiso para pasarse un poco porque no se tomaba nada en serio y todo lo solucionaba con una carcajada.

Ignoré el incidente y proseguí el relato antes de que se me echara a perder el clima que tanto me había costado conseguir:

—No era un vampiro, sino alguien que se había creído la leyenda del vampiro, alguien que había decidido ser el vampiro. Por eso os decía que es peligroso inventarse según qué cosas. Mataron a aquel joven y le chuparon la sangre, sí.

—¿Y después...? —reclamó Nines, aunque lo sucedido después era perfectamente previsible.

—Mató a tres más. Entre aquel primero de noviembre y Navidad murieron de la misma forma una turista, otro lugareño, amigo del primero, y una mujer de Abellers... Todos igual: con las muñecas abiertas, así, y alguien les había chupado la sangre. A una de las víctimas la encontraron en el hotel de Floc, precisamente en el hotel del promotor

de toda aquella historia del vampiro. Y claro, al pobre hombre se le acabó el negocio. Todo aquel montaje de esquiar entre vampiros y los folletos hablando de historias de terror se fueron al traste.

—¿Y cómo acabó? —preguntó Fernando.

—Atraparon al loco cuando se disponía a cometer el quinto asesinato. La chica que llevaba la correspondencia del pueblo. Salía muy temprano por la mañana para ir a buscar las cartas a Abellers y el vampiro la atacó en la carretera. La hizo caer de la moto y le pegó un par de navajazos en el brazo, pero era una mujer fuerte, le plantó cara y se puso a gritar y a gritar hasta que acudieron unos vecinos y, luego, la Guardia Civil... En fin, que lo detuvieron. Era un pobre chico, vecino del pueblo, que se pasaba la mayor parte del año haciendo de pastor en las montañas, siempre solo, con las vacas y las cabras. Se había vuelto loco. Dicen que era el hazmerreír de todos, el tonto del pueblo, la víctima propiciatoria. Se ve que el primero al que mató, el que subió a las ruinas a ver qué pasaba, era uno de los que más se metía con él. Probablemente se lo encontró allí, en el castillo, y le insultó o se burló de él, y el pastor le mató en un raptó de ira. Afectado por lo que había hecho, debió de perder definitivamente el mundo de vista... y ya estuvo armada. Le identificaron por la fórmula dental que se correspondía exactamente con las marcas de los mordiscos visibles en su primera y tercera víctimas. Salió en algunas fotos de prensa, con cara de pobre hombre acorralado, tan desconsolado y desamparado que salió en los titulares como el Pastor Asustado y, desde entonces hasta el juicio, los periódicos le llamaban así o el vampiro de Floc.

—Uau —dijo Fernando, impresionado.

—¿Y qué ha sido de él?

—Le declararon loco y debe estar en alguna institución psiquiátrica.

—O sea, en un manicomio.

—Eh. —Fue Cristian quien tuvo la gran idea. Bien pensado, una idea así solo podía proceder de él—. ¿Y si vamos a esquiar allí este fin de año?

Por un momento, en aquella casa se redujeron notablemente las emisiones de CO2 porque nos quedamos mirándole sin respirar, alarmados ante la posibilidad de que quisiera decir precisamente lo que pensábamos que quería decir.

—A Floc —aclaró—. ¿Por qué no vamos a esquiar ahí la semana de fin de año? Podemos ir a conocer el pueblo, el castillo... Esquiamos en las pistas de Termals y, de pasada, nos hacemos fotos en los lugares del crimen y cosas por el estilo. Por el morbo, ¿no? Será divertido. Hablamos con los vecinos del pueblo, con el alcalde que se inventó la tontería esa del vampiro...

Me entraron ganas de replicarle: «Eh, eh, que estas cosas no son para reírse, que el Pastor Asustado mató de verdad, que hubo víctimas y que eso es grave. Que víctimas significa familias llorando, padres y madres destrozados, novios marcados para toda la vida, que eso de matar y morir es muy fuerte, eh». Pero no le repliqué, para que no pudiera contestarme que por quién le había tomado.

Además, los otros ya se apuntaban:

—¡Eh, es una idea cojonuda! —exclamaron Lourdes y su querido Román, casi a coro.

—Podría resultar interesante —dijo Fernando.

—Seguro que será emocionante —añadió Nines. E interpretando correctamente una vacilación mía, añadió—: Además, te lo debo. No quisiste que te pagara los gastos del caso que me solucionaste en verano, así que ahora no tienes fuerza moral para impedir que te invite a ese hotel.

Y, una vez solucionado con tanta elegancia el problema económico que se me planteaba, todos se volvieron hacia mí, para ver qué decidía.

Antes de que pudiera contestar, se oyó un rumor de pelea entre las hojas del jardín y el chillido de un ratón que acababa de ser capturado y muerto por alguna ave depredadora.

Tal vez debería haberlo interpretado como una premonición.